





# Los crímenes posibles



CRISTINA CIVALE

# Los crímenes posibles



CIVALE, CRISTINA

Los crímenes posibles / Cristina Civalé. - 1a ed. - Buenos Aires

Milena Caserola, 2022.

126 p. ; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-8392-28-8

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

**Contacto con la autora:** [ccivale@gmail.com](mailto:ccivale@gmail.com)

**Arte de tapa:** ABC

**Fotografía de tapa:** Gisela Volá

**Edición:** Matías Reck

**Contacto con la editorial:**

[prensa.caserola@gmail.com](mailto:prensa.caserola@gmail.com)

**WEB:** [www.milenacaserola.com](http://www.milenacaserola.com)

FB – TW – IG: [@MilenaCaserola](https://www.instagram.com/MilenaCaserola)

Todos los derechos están reservados, si no remítanse a la lista de libros censurados en las distintas dictaduras y democracias. Por lo que privar a alguien de *quemar* un libro a la luz de una fotocopiadora, es promover la *desaparición* de lectores.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723

Impreso en Argentina

*A Alfredo, que ya no puede leerme*

Cualquier parecido  
con la realidad  
es ridículo.

## ÍNDICE

<b>PARTE UNO. La vieja y la chica.....</b>	<b>11</b>
Octubre 2021: las caídas.....	13
Enero de 2019: la pionera.....	18
Marzo 2020 y algunos meses sucesivos: la pandemia.....	28
1973/1995: mis años felices.....	32
1978: adiós Mirta, adiós.....	35
Primavera 1979: cuando Puerto Madero era otra cosa.....	41
1979/1983: se va a acabar.....	46
1981/1992: amores que van.....	49
1989-1992: los últimos tiempos felices.....	52
<b>INTERLUDIO.....</b>	<b>59</b>
Crimen uno, la chica, objetivo: la madre superiora.....	62
<b>PARTE DOS. La joven feliz.....</b>	<b>65</b>
Crimen dos: la dotada.....	73
<b>PARTE TRES. La del limbo.....</b>	<b>75</b>
Crimen tres: el italiano.....	84
<b>PARTE CUATRO. Residuos de la vieja.....</b>	<b>87</b>
AYER.....	91
PATINES BLANCOS.....	103
<b>EPÍLOGO. Les amigues.....</b>	<b>113</b>
<b>EPITAFIO. La que no fue.....</b>	<b>121</b>



## PARTE UNO

### La vieja y la chica

*Es chocante que lo que más temor inspira a los hombres sea aquello que les aparta de sus costumbres. Sí, eso es lo que más los altera... ¡Pero esto ya es demasiado divagar! Mientras divago, no hago nada. Y también podría decir que no hacer nada es lo que me lleva a divagar. Hace ya un mes que tengo la costumbre de hablar conmigo mismo, de pasar días enteros echado en mi rincón, pensando... Tonterías... Porque ¿qué necesidad tengo yo de dar este paso? ¿Soy verdaderamente capaz de hacer... 'eso'? ¿Es que, por lo menos, lo he pensado en serio? De ningún modo: todo ha sido un juego de mi imaginación, una fantasía que me divierte... Un juego, sí; nada más que un juego.*

Fedor Dostoievski, "Crimen y castigo"



## Octubre 2021: las caídas

No puedo abrazar. No solo porque no son tiempos de esas demostraciones afectivas. Este peligro atónito del contagio que mata. Mis brazos están rotos, fracturados, tengo pruebas: radiografías, consultas de emergencia en la sala de urgencias de la Bazterrica con traumatólogos monótones, excesivamente burocráticos ante mis aullidos de dolor honesto. “Yeso y cirugía”, explican como si se tratase de una pavada.

Abrazar entonces no. Tampoco puedo ahorcar. (Sí, confieso por si alguien requiere de una confesión expresa que, con cierta constancia, experimento la necesidad de matar, la verdad. No recuerdo si lo habré hecho. Es mejor olvidar ciertas cosas. Los brazos rotos probablemente me rescatan de lo imposible, de lo indebido, de la apropiación de alguna que otra vida ajena y de la mía misma. Esto no es justo. No tengo por qué proclamarlo como orgullo ni como disculpa, pero ya es tiempo de que me lo diga de una vez, que cualquiera lo sepa y hasta me acuse: en más de una ocasión tuve muchas ganas, oportunidades —y hasta me atrevo a decir que razones— de lastimar mortalmente. Acá tampoco las cuestiones son justas).

No es legal (lo que no me inquietaría tanto sino fuese por la cárcel posible) ni justificable éticamente pero es coherente con lo que soy y seguiré siendo mientras sea.

Tampoco, en este estado pre póstumo, puedo asfixiarme, esa tentación que me persigue por años de dejar de respirar encapuchada con una bolsa barata de supermercado, sofocada por el olor berreta y cobarde de un material sin reciclar. No es una fantasía, lo intento varias veces. No resisto más que

unos segundos, creo que no llego al minuto. Patética. Eso si sería justo: lograr mi propósito. Pero aquí no se trata de justicia.

Entonces: ni abrazar, ni ahorcar ni asfixiar. Mucho menos puedo escribir. Mis manos sufren, antes también sufrieron –y jugaron y se divertieron e hicieron trampa– pero ahora la evidencia física hace todo este asunto más claro, más ramplón y completamente innecesario: salvo para mí ¿Qué lectores? Ahora memorizo estas palabras con la ilusión de transcribirlas más tarde. Y sucede todo precisamente en este momento –¿precisamente?–, en el que empiezo a salir lentamente de una parálisis de mi imaginación –¿o nunca estuvo activa?– y de mi voluntad pero sobre todo de la certeza de que ya no es trascendente más que para mí y mi puro regocijo pajero esto que me empecino en comunicar. Unas palabras hilvanadas que probablemente no le importen a nadie aunque puedan entretener o engañar para que imaginen que tras ellas revelo algún secreto jugoso de mi vida real. Hasta los lectores más sofisticados son una chusma. Entérense y no tengan vergüenza.

Inventar fue siempre lo más trascendente, lo más difícil, embaucador y rastrero. Mentir se me dio bien desde chica. Esta situación, descubro tardíamente, debería haberme capturado desde el primer día en que decidí que el resto de mi vida lo dedicaría a la escritura o a contar historias. Para el cine, para el teatro, para les amigos y/o amores. La necesidad vanidosa e intransferible de un ansia exclusivamente solitaria y banal. “Es esto o nada”. Nada nunca fue una posibilidad. Error. ¿Otra mentira? Admito que me pellizca cierta culpa cuando admito que “nada” es mi mayor goce. Pero vivo en una sociedad opaca y maníacamente productiva. No me gusta, la verdad.

Ya no me importa llevar las cuentas que arrojan el resultado de quiénes o cuántes leen. Me leen. Esa cifra azarosa,

puro hashtag antes de que se inventase la palabra, o moda o tendencia, quizá más francamente pura suerte. ¿O constituye una excusa fácil para la carencia evidente de lo que gustaría confirmar como eso que se debería denominar “mi talento?” Ya me sonrío y me pongo a lo que debo ponerme: diseñar el dibujo errático de una escritura que, con suerte, organiza un desafío formal o una gran historia o mejor ambas cosas a la vez. O también ninguna. Sé que probablemente esté poco dotada aunque sí me reconozco eficientemente capaz de embaucar, vuelvo a decir. Nunca se notaría si una cosa u otra, finalmente la fortuna manda.

Lo que realmente me preocupa es que no tengo certeza sobre si recordaré esta textualidad que en este momento boceto con alegría y frugalidad con la exactitud que querría, como si fuese muy trascendente mientras con los brazos partidos, en distintos grados de recuperación, camino cada mañana encorsetada en mi cabestrillo/chaleco de fuerza (¿o yo soy la única que cree que es un cabestrillo?) por el parque en esa rutina aeróbica viciosa que ahora mi corazón rescatado de mi mala vida me impone. ¿Cuál es la exactitud de las palabras, de las historias? Decido que debo dejar de cuestionarme. De lo contrario no pasará de unas pocas páginas y hay que armar un bulto que amerite la edición de un libro y encubra el empuje de un relato o de un experimento formal onanista. ¿Puedo seguir engañando con que me importa? Esta justificación de toda una vida que no va a dejar rastro. Rastro: el mandato.

Me entusiasma más que nunca cómo suenan dentro de mi cabeza ahora mismo las letras que organizan las palabras, las oraciones –nunca plegarias– el cuento del cuento. No sé si ahora que se encuentran aquí, medio para siempre. ¿Pero ahora es lo está sobre esta pantalla/papel/superficie o es apenas

un destilado provisorio de lo que realmente quiero transmitir? El punto: ¿quiero transmitir algo? ¿Quién soy para adjudicarme tal cruzada? Eso: ¿quién soy? ¿Qué posteridad requiere urgente de estas palabras? No son preguntas retóricas, son cuestionamientos en los que prefiero no ahondar ni improvisar una respuesta. Quizá otra mentira. “¿Y qué, queride? No sería más que otra más”.

La sensación de vaguedad, podría jurarlo, me va a perseguir siempre y no sé cómo demoré tanto en darme cuenta de que no hacen falta tener los brazos rotos en caídas torpes y sucesivas en distintas calles de Buenos Aires para que se instale esta duda legítima, irrefutable. Creo que este titubeo es lo que organiza la verdadera certeza. Y me libero.

Apunto malamente detalles que no quiero olvidar, no arman buenos textos: son el reflejo torpe de unos hechos comprobables. Caída uno: consecuencias, tratamiento, lugar del hecho. Codo derecho, cirugía, clavos, el Abasto. Caída dos: húmero izquierdo, inmovilidad total por un mes, Palermo en los bordes con Barrio Norte. Mis brazos se ponen simultáneamente inactivos. Me desafían justo ahora que me había dispuesto a usarlos. No para eso de los abrazos, el ahorcamiento o la asfixia; sino para esto: este resultado o lo que consiga de él.

Me doy cuenta de que merodeo, que el temor a decir me atribula de palabras que no vienen al caso, delación de la excusa que siempre debió haber sido.

No es producto el dolor insoportable hasta el opio/tramadol que nutre cada miembro, no se trata de las calles ruinosas. Se trata de mi cabeza que ahora emite señales tan partidas como las de estos brazos que no escriben este texto y quizá jamás se harán responsable de él porque no lo escribieron ni transcribieron. Simplemente llegaron hasta aquí no importa cómo. Explico:

tampoco estoy dictando. No hay otro que tipee o me escuche, por ahora. Lo único que garantizo es que unas palabras hacen ruido aquí dentro, en este cráneo intacto que ahora anida células falladas que me vomitan al piso o al aire pero dónde embocan, dónde verdaderamente se están escribiendo, donde he caído numerosas veces para llegar a lo del principio: los brazos rotos.

En realidad, no tengo a quién abrazar con urgencia –insisto–, también se esfumaron los amores que provocaron mis insistentes y frustrados deseos de ahorcarme o matar a mano limpia, sin guantes ni pañuelos, con el deseo de imprimir mis huellas únicas en esos cuellos diversos. Soy una vieja in progress pero soy una it vieja. En fin... Quizá esta imposibilidad constituya la vivencia del vacío y el desamparo que fui sintiendo mientras mis brazos aún podían moverse pero no encontraban el sentido. Lo único que extraño y necesito con urgencia de ellos, traidores, es que me ayuden a escribir o a hacer como. Un simple mecanismo para decir esto que rehúso a que tenga coherencia y mucho menos a que obedezca la ley del tenso hilo narrativo.